

**Gordon R. Dickson**

**El Caballero  
Dragón**



Jim Eckert, joven matemático del siglo xx, es ahora Sir James Eckert, Barón de Bois de Malecontri y Riveroak (¡y «ahora» es el siglo xiv!). Una buena mañana se despierta con la sensación de que algo va mal. Tiene muchos quehaceres, relacionados con el cultivo de sus tierras, mejoras en las condiciones sanitarias de su castillo, el estado de sus caminos..., que reclaman su atención. Pero hay algo más urgente. Cuando se dispone a salir de la cama para no estorbar el sueño de su esposa, la bella Angie, y levanta la capa de pieles y mantas, ve horrorizado que se ha convertido en un dragón... un gran dragón. Al cabo de un instante, vuelve a recuperar su forma humana. Jim huye temporalmente de su perspicaz esposa y descubren que aquellas transformaciones escapan totalmente a su control. ¡Tiene que hacer algo! Primero tendrá que aprender a controlar sus aptitudes para la magia, a fin de convertirse de veras en el Caballero Dragón, cuyas proezas se alaban en las canciones de gesta. Y, después, deberá aprender algunas obligaciones consustanciales a la condición de noble caballero..., por ejemplo, ¡las responsabilidades que recaen sobre él cuando el heredero del trono de Inglaterra cae prisionero del rey de Francia!

## Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El caballero dragón](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Sobre el autor](#)

Este libro está dedicado a Dave  
Wixon, por el gran esfuerzo  
consagrado a un gran número de  
libros además de este.

## 1

**E**ra una gélida mañana de marzo justo al rayar del día en los bosques de Malencontri, que muchos habrían ubicado en algún punto de Italia, dado su nombre, aunque en realidad se encontraban en Inglaterra.

La verdad era que nadie de cuantos tenían algo que ver con esos bosques —desde los tres erizos apretujados para darse calor en su desordenada madriguera llena de hojas, situada debajo de un seto próximo, a sir James Eckert, barón de Bois de Malencontri y Riveroak, en ese momento dormido con su mujer, lady Ángela, en el castillo cercano— se tomaba la molestia de utilizar aquel nombre cuando hablaban normalmente. El título de Malencontri era una etiqueta que había impuesto a los bosques su anterior propietario, en la actualidad un fugitivo sin tierras que posiblemente se hallaba en algún punto del continente, desgraciada situación que nadie lamentaba por bien merecida.

Felizmente librados de la presencia de sir Hugo de Malencontri, todos los lugareños habían vuelto a referirse a los bosques por su nombre genuino, que era el de «bosque de Highbramble». Aquella era, sin embargo, una cuestión que tenía totalmente sin cuidado al único individuo que deambulaba entonces por ellos; no lejos de los erizos ya despiertos pero, por suerte, escondidos a buen recaudo, y a una distancia del castillo de Malencontri desde la que este se divisaba claramente entre los árboles.

Tal indiferencia era natural, habida cuenta de que el madrugador caminante no era otro que Aragh, un lobo inglés,

que no solo consideraba como territorio propio aquellos bosques, sino unos cuantos más, y que profesaba, por consiguiente, una absoluta indiferencia respecto a cómo pudieran llamarlos los demás.

En realidad Aragh raras veces se preocupaba por algo. Por ejemplo, no prestaba la menor atención a la helada temperatura de aquella mañana de comienzos de primavera, salvo en lo tocante al incremento de la posibilidad de captar el rastro de los olores, que se pegaban más de lo habitual al suelo. La misma despreocupación con que soportaba el frío era aplicable al resto de las cosas: viento, lluvia, zarzas, humanos, dragones, huscos, ogros y cuanto se cruzara en su camino. De haber tenido que bregar con terremotos, volcanes o maremotos, se habría mostrado igual de impasible, pero aquellos eran elementos que hasta entonces no habían intervenido en su vida. Él era descendiente de feroces lobos, tenía el tamaño de un poni pequeño, y su filosofía era que el día en que hubiera de enfrentarse a algo que no pudiera superar, habría llegado su hora, con lo cual habría quedado solucionado cualquier problema que de ello hubiera podido derivar.

Se detuvo para observar un instante el castillo y la cuadrada mole de su cámara alta, con los modernos vidrios en las aspilleras que hacían las veces de ventanas, los cuales empezaban justo a reflejar la primera luz del día. A pesar de la mala opinión que le merecían las ventanas protegidas con cristal, tenía un aprecio especial por sir James y lady Ángela, que en aquellos momentos estarían, a buen seguro, dormidos en esa habitación, desperdiciando tan fresco y hermoso amanecer entre paredes.

Dicha estima se remontaba al tiempo en que él y sir James (junto con otras personas que no venían al caso) habían participado en un pequeño altercado con un ogro y unas cuantas criaturas igualmente detestables en la Torre Abominable que quedaba en el extremo de las marismas. Por aquel entonces, sin que mediara mala voluntad por su

parte, sir James habitaba el cuerpo de un amigo de Aragh, un dragón llamado Gorbash. Aragh se permitió dedicar unos instantes a recordar con nostalgia aquel tiempo pasado que, por lo demás, no carecía de interés. Una vez hecho esto, notó de improviso en los huesos una sensación de inquietud que tenía que ver tanto con James como con Ángela, aunque más con James en particular. Siendo un lobo que había aprendido a prestar atención a las señales intangibles, se concentró plenamente en aquel presentimiento que de manera tan súbita se había presentado.

La inquietud no desentrañó, sin embargo, su sentido, ni tampoco desapareció. Tras husmear el aire y no advertir nada fuera de lo normal, decidió olvidarse de ella, haciéndose el propósito de mencionarla a S. Carolinus en la primera oportunidad que tuviera; la próxima vez que pasara cerca de la casa del mago, allá en el Agua Tintinera. Carolinus podría decirle si aquella sensación auguraba algo en lo que Aragh tuviera que intervenir personalmente, aunque era difícil imaginar qué pudiera ser.

Olvidándose pues juiciosamente del asunto, siguió su camino.

Con gran alivio, los erizos perdieron pronto de vista su delgada silueta negra, que pareció esfumarse entre la maleza y los troncos de los árboles mientras despuntaba el día.

## 2

**J**ames Eckert, ahora sir James, barón de Bois de Malencontri, etc. —aun a pesar de que raras veces se sentía realmente como tal—, despertó en la penumbra del dormitorio que ocupaba su esposa, Ángela, en el castillo de Bois de Malencontri.

Las pálidas rendijas de luz que asomaban por los bordes de las pesadas cortinas que tapaban la escandalosa ventana de la habitación indicaban la inminencia del alba. A su lado, bajo una pequeña montaña de pieles y edredones que hacía soportable la ausencia de calefacción en aquella estancia de desnudas paredes de piedra, Angie respiraba con la regularidad del sueño.

Suspendido en un estado de duermevela, Jim trató de hacer caso omiso de la indefinida causa de su despertar. Tenía una vaga sensación de que las cosas no acababan de marchar bien, una especie de impresión residual del sentimiento depresivo que se había apoderado de él a lo largo de las últimas semanas, dominadas por la tristeza. Era un sentimiento parecido a la opresión que se experimentaba al ver avanzar una tormenta en el horizonte.

En el transcurso de aquellas semanas había estado en un tris de lamentar su decisión de quedarse en ese mundo de dragones, magia e instituciones medievales, en lugar de volver con Angie al ambiente más insípido pero más familiar de la Tierra del siglo veinte... dondequiera que pudiera hallarse ahora entre las regiones de probabilidades en intersección.

A ese estado de ánimo había contribuido sin duda la estación del año. Por fin concluía aquel invierno, tan estimulante al principio y que había acabado por dar la impresión de prolongarse interminablemente, con sus prematuros crepúsculos, sus chorreantes antorchas y velas y sus gélidas paredes.

Las cuestiones relacionadas con la baronía que había arrebatado a sir Hugo de Bois de Malecontri, el anterior barón, había solicitado sin respiro sus cuidados en los últimos tiempos. Había que reparar edificios y caminos; dirigir las actividades de varios centenares de siervos, hombres libres y criados; y planificar los trabajos de siembra para ese año. La pesada carga de dichas obligaciones había convertido ese extraño mundo que lo rodeaba en un lugar casi tan aburrido y marcado por el ritmo laboral como el del siglo veinte que conservaba en el recuerdo.

Como consecuencia de todo ello, el primer impulso de Jim fue entonces cerrar los ojos y volver a dormirse, abstra-yéndose de lo que había motivado su despertar. Al intentarlo, no logró, empero, conciliar el sueño. La sensación de que algo iba mal siguió acentuándose hasta convertirse en un clamor que vibraba en todo su ser, como una silenciosa señal de alarma. Finalmente, con un bufido de exasperación, alzó la cabeza y abrió los ojos a la luz que se filtraba en torno a la cortina, cuya intensidad ya permitía distinguir el interior del dormitorio.

Se quedó helado... y no fue solo a causa del frío que reinaba en la habitación.

Ya no ocupaba su propio cuerpo. Una vez más, tal como le había ocurrido cuando llegó a ese mundo por medio de una proyección astral con el propósito de rescatar a Angie, su cuerpo se había convertido en el de un dragón de gran tamaño.

—¡No! —estuvo a punto de gritar en voz alta, pero se contuvo a tiempo. Por nada del mundo quería que Angie despertara ahora y lo viera en ese estado.

¿Se había convertido de veras en un dragón?, se preguntó presa del frenesí. Y, si ese era el caso, ¿por qué? Cualquier cosa era posible en ese loco mundo en el que la magia formaba parte de la realidad. Tal vez estaba destinado a permanecer allí en su propio cuerpo humano únicamente un tiempo determinado. Quizá las reglas que regían ese tipo de cuestiones imponían que fuera un hombre solo medio año, y medio año un dragón. De ser así, a Angie no le gustaría nada que fuera un dragón durante seis meses.

Definitivamente, no le haría ninguna gracia.

Tenía que aclarar aquello. La única manera posible de obtener respuestas a sus interrogantes era consultando al Departamento de Cuentas, aquella extraña voz de bajo invisible que parecía saberlo todo y que, aun así, solo decía lo que le venía en gana. Por lo visto, mantenía una especie de registro del crédito en magia de las personas que tenían algo que ver con tal especialidad... entre las cuales ahora se incluía, naturalmente, él; en primer lugar, porque había llegado a ese mundo por medio de métodos mágicos, y, segundo, porque había participado activamente en la derrota de los poderes malignos en la Torre Abominable hacía menos de diez meses.

Abrió la boca para interpelar al Departamento de Cuentas, que, hasta donde él sabía, mantenía su servicio de atención las veinticuatro horas del día.

Justo a tiempo, recordó que poniéndose a hablar con el Departamento de Cuentas despertaría a Angie lo mismo que si hubiera gritado de repente «No» un momento antes.

Lo único que cabía hacer era escabullirse sigilosamente de debajo de las mantas, abandonar la habitación y alejarse prudentemente para hablar con el Departamento de Cuentas sin despertar a Angie.

Poco a poco, fue sacando el enorme corpachón de debajo de la capa de edredones. La cola salió sin mayores problemas. Sacó una pierna y luego otra. Justo cuando se disponía a marcharse, Angie se agitó en sueños a su lado,

bostezó, sonrió y, todavía con los ojos cerrados, extendió sus largos y encantadores brazos en el aire, arqueó el cuerpo y se despertó.

En aquel preciso instante, por gracia del fenómeno o la entidad responsable de su transformación, Jim volvió a recuperar de improviso su propia apariencia humana.

Angie había despertado sonriendo. Continuó sonriendo a Jim un momento, adormilada, y gradualmente su sonrisa se desvaneció y en su entrecejo fue formándose una arruga.

—Juraría... —dijo—. ¿No estabas yendo a algún sitio? He tenido la sensación... ¿Estás seguro de que no estaba ocurriéndote algo raro hace un segundo?

—¿A mí? —contestó Jim—. ¿Algo raro?

—Sí, como si estuvieras diferente.

—¿Diferente, yo? —disimuló astutamente—. ¿Diferente en qué?

Angie se apoyó en un codo bajo las mantas y clavó en él sus intensos ojos azules. Aun despeinado por el sueño, su oscuro pelo no había perdido para él nada de su atractivo. Por un momento se le hizo presente su esbelto cuerpo desnudo, a pocos centímetros de distancia de él, pero en cuestión de segundos la aprensión hizo desvanecer tal sentimiento.

—No sé bien en qué —explicó Angie—. Es solo que tengo la sensación de que había algo distinto y de que tú ibas a... ¿por qué estás prácticamente fuera de la cama?

—¿Eh? ¿Ah, sí? —Jim se apresuró a situarse otra vez bajo la capa de pieles—. Bueno, simplemente había pensado ir abajo y pedir que prepararan el desayuno, y tenía intención —cruzó los dedos debajo de una piel de oso especialmente suave— de subírtelo aquí.

—Oh, Jim —le agradeció Angie—, eres un encanto. Pero no será necesario. Me encuentro de maravilla, impaciente por levantarme.

Le había rodeado el brazo con la mano bajo las mantas y él había correspondido a su contacto... cuando de repente se horrorizó al pensar que su lisa piel pudiera tornarse en una escamosa superficie bajo sus dedos.

—¡Estupendo! —gritó con entusiasmo, saltando de la cama y comenzando a ponerse la ropa—. De todas formas, iré a encargarme del desayuno. Baja lo más pronto posible y quizá ya lo encuentres preparado.

—Pero, Jim, no hay por qué apresurarse tanto...

Jim no oyó el resto porque ya había salido por la puerta y, habiéndola cerrado, siguió caminando por el pasillo mientras acababa de vestirse; no por pudor, puesto que la decencia distaba mucho de ser algo imperioso en esa época medieval en la que ahora vivía, sino porque el desnudo corredor que seguía la curva interior de las paredes de la torre estaba tan helado como las piedras que lo flanqueaban.

A una distancia prudencial del dormitorio se detuvo y tras recuperar aliento, se puso a hablar solo.

—¡Departamento de Cuentas! —llamó—. ¿Por qué me he convertido en dragón?

—Vuestra cuenta se ha activado —respondió la voz de bajo aproximadamente a la altura de sus muslos, causándole el sobresalto habitual aun a pesar de que ahora ya no lo tomaba de imprevisto.

—¿Que se ha activado? ¿Y qué significa eso?

—Toda cuenta cuyo titular sigue vivo y en condiciones de hacer uso de ella, pero que no la ha utilizado durante un período mínimo de seis meses, se activa de manera indefectible —expuso ceremoniosamente el Departamento de Cuentas.

—¡Pero yo sigo sin saber qué significa «activarse»! —protestó Jim.

—La explicación ha sido completa y comprensible —replicó el Departamento de Cuentas.

A continuación calló, y Jim tuvo la inquietante sensación de que había dejado de hablar definitivamente, cuando menos en lo tocante a ese tema. Volvió a llamarlo un par de veces, pero no recibió respuesta.

Sin haber aclarado cuál era la situación, se acordó de pronto del desayuno y bajó sombríamente las escaleras de caracol que comunicaban el dormitorio con la planta baja.

—... Puedes decirme la verdad —le reclamaba Angie una hora más tarde, mientras terminaban de desayunar, junto a la elevada mesa de la sala principal del castillo—. Ha ocurrido algo justo antes de que abriera los ojos, y quiero saberlo. Siempre noto cuando tratas de ocultarme algo.

—Con toda franqueza, Angie —se disponía a contestar Jim, cuando su respuesta quedó fuera de lugar. Acababa de transformarse en dragón.

—¡EEEEEH! —exclamó Angie a voz en grito.

De inmediato estalló un gran alboroto en la espaciosa sala, en la que en ese momento se congregaban de treinta a cuarenta personas de ambos sexos, unas dedicadas a atender el buen curso del desayuno del barón y su dama, otras pertenecientes a la guardia armada integrada por unos ocho hombres de armas que normalmente se encontraban allí, y algunas más componían una selección del resto del personal del castillo, cuyo miembro más joven y de menor rango era May Heather, que solo tenía trece años.

Dado que el peligro era omnipresente allí y los imprevistos estaban a la orden del día, en un edificio como aquel las armas se encontraban siempre al alcance de la mano. En cuestión de un par de minutos, todos los presentes se habían procurado algún tipo de instrumento puntiagudo o cortante y habían formado una masa compacta semejante a la de un puerco espín en la que iban a la cabeza los hombres de armas, dispuesta a avanzar contra ese dragón que había aparecido tan repentinamente en la sala.

Llegado ese punto, después de liberar instintivamente la tensión por medio de un prolongado chillido, Angie se hizo cargo de la situación. El borde de su vestido de color púrpura barrió las losas del suelo al tiempo que se dirigía con paso majestuoso hacia el erizo.

—¡Alto! —ordenó categóricamente—. No estamos expuestos a peligro alguno. Lo que aquí veis no es otra cosa que vuestro señor, que ha recurrido a sus aptitudes para la magia con el fin de adoptar momentáneamente la forma de un dragón. ¡May, devuelve de inmediato esa hacha a la pared!

May, que se había apoderado de un hacha de guerra perteneciente al antiguo barón, la llevaba ahora sobre el hombro a la manera de un leñador. Aunque parecía dudoso que le hubiera servido de algo, y pese a que no era descartable que se hubiera cortado en su pretensión de agredir al dragón, algo podía decirse a favor de May Heather, y era que era una muchacha bien dispuesta.

Ahora, al dirigirse a la pared de la que solía colgar el hacha, se la veía, por el contrario, avergonzada.

El resto de los criados y el servicio se desperdigaron para ir a cumplir sus obligaciones normales, intercambiando significativas miradas, pero tomando buena nota de aquella anécdota digna de contar: sir James convirtiéndose en dragón a la hora del desayuno.

Por fortuna, un segundo más tarde este volvía a adoptar su forma humana, con la ropa reventada hecha jirones a sus pies.

—¡Eh, vosotros! —gritó Angie a los ocupantes de la sala en general—. ¡Traed otra muda para su señoría!

Durante unos minutos se oyó un correteo de pies, hasta que alguien trajo una túnica para Jim, el cual se la puso con un gran sentimiento de alivio.

—¡Y ahora, Theoluf! —continuó Angie, dirigiéndose al capitán de los hombres de armas—. Ocupaos de que ensillen y equipen al caballo de sir James y le pongan provisio-